

J. G. Ballard

El Imperio del Sol

Traducción de Carlos Peralta

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Empire of the Sun*

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 1984, J. G. Ballard. All rights reserved

© de la traducción: Herederos de Carlos Peralta

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2017

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-572-4

Depósito legal: M.37.494-2016

Printed in Spain

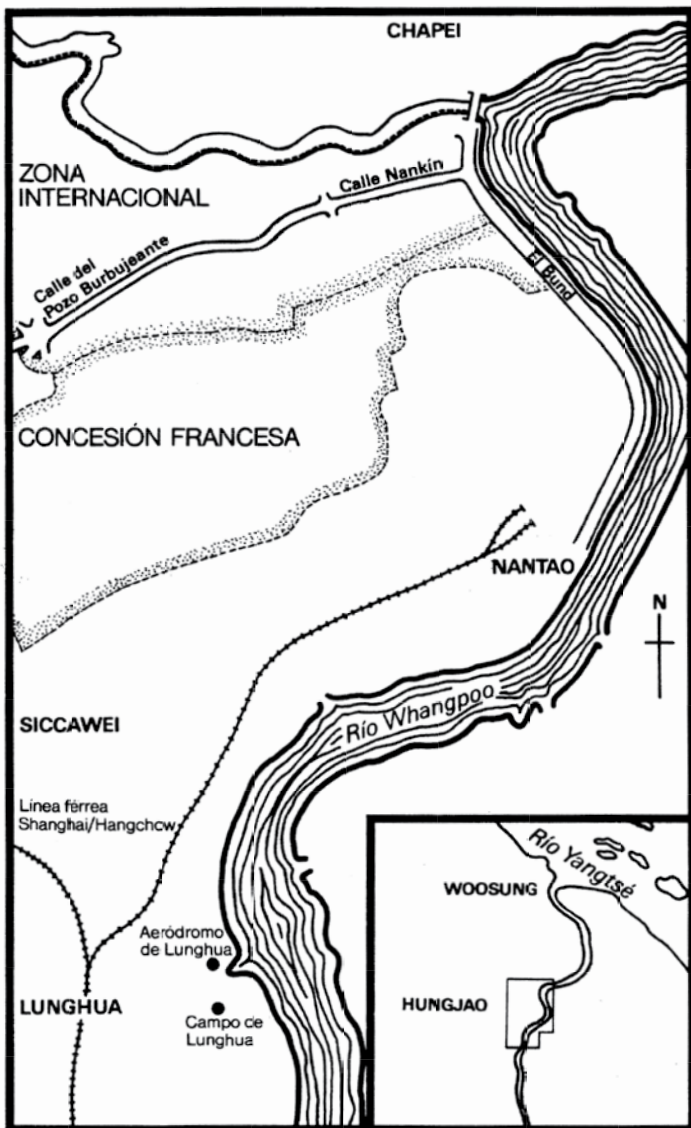
SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

El Imperio del Sol recoge mis experiencias en Shanghai, China, durante la Segunda Guerra Mundial, y en Lunghua C.A.C. (Civilian Assembly Centre), donde estuve internado entre 1942 y 1945. En su mayor parte, esta novela se funda en acontecimientos que observé durante la ocupación japonesa de Shanghai y en el campo de Lunghua.

El ataque japonés a Pearl Harbor ocurrió el domingo 7 de diciembre de 1941, pero a consecuencia de la diferencia horaria a ambos lados del meridiano del Pacífico, en Shanghai era ya la mañana del lunes 8 de diciembre.

J. G. BALLARD



Shanghai en 1942

I

1. La víspera de Pearl Harbor

Las guerras llegaron temprano a Shanghai, alcanzándose unas a otras como las mareas que corrían Yangtsé arriba y devolvían a esta ciudad estridente todos los ataúdes lanzados a las aguas desde los muelles funerarios del Chinese Bund.

Jim había empezado a soñar con guerras. Por la noche las mismas películas mudas parecían parpadear en la pared del dormitorio de la Avenida Amherst y le transformaban la mente dormida en un cine de noticiarios vacíos. Durante el invierno de 1941 todo el mundo pasaba en Shanghai películas de guerra. Fragmentos de sueños seguían a Jim por la ciudad; en la entrada de hoteles y tiendas las imágenes de Tobruk y de Dunkerque, de Barbarossa y del saqueo de Nankín, le brotaban de la mente atiborrada.

Para desesperación de Jim, incluso el deán de la catedral de Shanghai había conseguido un antiguo proyector. Después del servicio matutino del domingo 7 de diciembre, víspera del ataque japonés a Pearl Harbor, retuvieron a los chicos del coro antes de que pudieran marcharse y los llevaron en fila a la cripta. Todavía con las sotanas puestas, se sentaron en una hilera de sillas de playa requisadas al Shanghai Yacht Club y miraron un *La marcha del tiempo* del año anterior.

Pensando en sus turbulentos sueños, y confundido por la falta de banda sonora, Jim se tironeó el cuello pli-

sado. El órgano resonaba como un dolor de cabeza en el techo de cemento y la pantalla temblaba con las imágenes familiares de batallas de tanques y peleas aéreas. Jim estaba ansioso por prepararse para la fiesta de disfraces de Navidad que daba esa tarde el doctor Lockwood, el vicepresidente de la Asociación de Residentes Británicos. Habría un paseo a través de las líneas japonesas a Hungjao, y luego equilibristas chinos, fuegos de artificio y aún más noticiarios; pero Jim tenía razones personales para querer ir a la fiesta del doctor Lockwood.

Fuera de la sacristía los chóferes chinos aguardaban discutiendo junto a los Packards y los Buicks. Aburrido por la película, que había visto una docena de veces, Jim escuchaba a Yang, el chófer de su padre, que fastidiaba al sacristán australiano. Ver los noticiarios se había convertido en una obligación patriótica para todo británico en tierras extrañas, como las loterías para la recolección de fondos en el Country Club. Los bailes y fiestas al aire libre, las incontables botellas de *scotch* consumidas en pro del esfuerzo de guerra (como a todos los niños, a Jim le intrigaba el alcohol, aunque vagamente lo desaprobaba), produjeron pronto dinero suficiente para comprar un Spitfire... Probablemente, especulaba Jim, uno de aquellos que habían sido derribados en el primer vuelo, con el piloto desvanecido por los vahos del Johnny Walker.

Habitualmente Jim devoraba los noticiarios, parte del esfuerzo de propaganda montado por la Embajada británica para contrarrestar las películas de guerra alemanas e italianas que se exhibían en los cines y en los clubes del Eje, en Shanghai. A veces los noticiarios Pathe ingleses daban a Jim la impresión de que, a pesar de la ininterrumpida serie de derrotas, el pueblo inglés disfrutaba profundamente de la guerra. Las películas de *La marcha*

del tiempo eran más sombrías, de un modo que atraía a Jim. Sofocado en la ajustada sotana, vio caer a un Hurricane en llamas de un cielo de bombarderos Dornier al paisaje de un libro infantil, esas praderas inglesas que él no había conocido. El *Graf Spee* se hundía en el río de la Plata, un río tan melancólico como el Yangtsé; y se elevaban nubes de humo de una destruida ciudad de Europa oriental, ese planeta negro del que Vera Frank, su ama de diecisiete años, había huido en un barco de refugiados, seis meses antes.

Jim se alegró cuando terminó el noticiario. Él y sus compañeros de coro caminaron vacilantes hacia sus chóferes. Su amigo más íntimo, Patrick Maxted, había partido de Shanghai con su madre hacia la seguridad de la fortaleza británica de Singapur, y Jim sentía que debía ver las películas por Patrick, e incluso por las mujeres de Rusia Blanca que vendían sus joyas en la escalinata de la catedral, y por los mendigos chinos que descansaban entre las tumbas.

La voz del comentarista le retumbaba todavía en la cabeza mientras regresaba en el Packard paterno por las atestadas calles de Shanghai. Yang, el chófer de charla atropellada, había trabajado como extra en un filme local protagonizado por la actriz Chiang Ching, la futura Madame Mao. A Yang le encantaba impresionar a su pasajero de once años con historias exageradas de trucos y efectos cinematográficos. Pero hoy Yang no hacía caso a Jim, lo desterraba al asiento trasero. Descargaba puñetazos a la poderosa bocina del Packard, se batía en duelo con los agresivos *coolies* de los *rickshaws* que se apeñuscaban, intentando expulsar a los coches extranjeros de la calle del Pozo Burbujeante. Yang bajaba el cristal y azotaba con la fusta a los irreflexivos peatones, a las chicas de los bares que caminaban ociosamente con sus bolsos

americanos, a las viejas criadas dobladas bajo los yugos de bambú de que pendían pollos descabezados.

Un camión abierto cargado de verdugos profesionales giró ante ellos, y se encaminó a los estrangulamientos públicos de la Ciudad Vieja. Aprovechando la oportunidad, un chico mendigo descalzo corrió junto al Packard. Golpeaba las puertas con los puños y tendía la palma a Jim, con el grito callejero de todo Shanghai:

—¡No mamá! ¡No papá! ¡No whisky y soda!

Yang lo azotó y el chico cayó al suelo, se incorporó entre las ruedas delanteras de un Chrysler que se acercaba y corrió junto al coche.

—No mamá, no papá...

Jim odiaba la fusta, pero le gustaba la bocina del Packard. Por lo menos ahogaba el rugido de los cazas de ocho cañones, el gemido de las sirenas de alarma de Londres y Varsovia. Ya había tenido demasiado de la guerra europea. Jim miró la chillona fachada de la tienda de la Sincere Company, dominada por un inmenso retrato de Chiang Kai Shek exhortando al pueblo chino a sacrificios aún mayores en la lucha contra los japoneses. La suave luz de un tubo defectuoso de neón temblaba sobre la boca blanda del generalísimo, la misma fluctuación que Jim había visto en sueños. Todo Shanghai se convertía en un noticiario que rezumaba desde dentro de su cabeza.

¿El exceso de películas de guerra le había dañado el cerebro? Jim había tratado de hablar con su madre de los sueños, pero como todos los adultos de Shanghai, ese invierno ella estaba demasiado preocupada para escuchar. Quizá tenía sus propias pesadillas. De un modo misterioso, esas confusas imágenes de tanques y bombarderos en picado eran completamente silenciosas, como si la mente dormida intentara separar la guerra

verdadera de los ilusorios conflictos inventados por Pathe y Movietone.

Jim no dudaba cuál era la real. La guerra real era todo lo que había visto por sí mismo desde la invasión japonesa de China en 1937, los viejos campos de batalla de Hungjao y Lunghua donde los huesos de los muertos insepultos se elevaban cada primavera hasta la superficie de los arrozales. La guerra real eran los miles de refugiados chinos que morían de cólera entre las sólidas estacadas de Pootung, y las cabezas ensangrentadas de los soldados comunistas clavados en picas a lo largo del Bund. En la guerra de verdad nadie sabía de qué lado estaba, y no había banderas, comentaristas ni vencedores. En la guerra de verdad no había enemigos.

Por contraste, el próximo conflicto entre Inglaterra y Japón, que todos en Shanghai esperaban que estallase en el verano de 1942, pertenecía al dominio de los rumores. La nave de aprovisionamiento destinada al invasor alemán en el mar de la China visitaba ahora abiertamente Shanghai y fondeaba en el río, donde recibía combustible de una docena de barcas; muchas de ellas, observaba sardónicamente el padre de Jim, de compañías petroleras americanas. Casi todos los niños y mujeres americanos habían sido evacuados de Shanghai. En la clase de la Cathedral School, Jim estaba rodeado de pupitres vacíos. La mayor parte de sus amigos habían partido con sus madres hacia la seguridad de Hong Kong y Singapur, mientras los padres cerraban las casas y se instalaban en hoteles a lo largo del Bund.

A comienzos de diciembre, cuando se interrumpieron las clases, Jim se unió a su padre en el terrado del edificio de oficinas de la calle Szechuan y le ayudó a quemar los cajones de archivos que los empleados chinos subían en el ascensor. Un rastro de papeles carboni-

zados se elevaba a través del Bund y se unía al humo de las impacientes chimeneas de los últimos vapores que saldrían de Shanghai. Los pasajeros se apretujaban en las planchadas; eurasiáticos, chinos y europeos luchaban por subir a bordo con sus líos y maletas, dispuestos a afrontar el peligro de los submarinos alemanes que aguardaban en el estuario del Yangtsé. De los terrados de los edificios de oficinas del distrito financiero se alzaban las llamas, que los oficiales japoneses contemplaban a través de sus prismáticos desde las casamatas de hormigón de Pootung, del otro lado del río. Lo que más inquietaba a Jim no era la furia de los japoneses, sino su paciencia.

Apenas llegaron a la casa de la avenida Amherst, corrió escaleras arriba a cambiarse. A Jim le gustaban las chinelas persas, la camisa de seda bordada y los pantalones de pana azul con que parecía un extra de *El ladrón de Bagdad*; estaba ansioso por ir a la fiesta del doctor Lockwood. Soportaría equilibristas y noticieros y luego acudiría a la cita secreta a la que los rumores de guerra le habían impedido asistir durante tantos meses.

Como un aguinaldo inesperado, el domingo era el día libre de Vera, que iría a visitar a sus padres en el gueto de Hongkew. Esa muchacha aburrida, apenas más que una niña, seguía habitualmente a Jim a todas partes como un perro guardián. Una vez que Yang lo trajera de vuelta a la casa –sus padres se quedarían a cenar con los Lockwood– él podría vagar a su antojo por la casa vacía. Estarían allí los nueve criados chinos, que para la mente de Jim y de los demás niños ingleses eran tan ciegos y pasivos como los muebles. Terminaría de barnizar el aeromodelo de madera de balsa y completaría otro capítulo del manual titulado «Cómo jugar al bridge» que esta-

ba escribiendo en un cuaderno escolar. Después de años de ver a su madre jugando partidas de bridge y de tratar de extraer alguna lógica de expresiones como «un diamante», «paso», «tres sin triunfos», «doble», «redoble», había logrado que ella le enseñara las reglas e incluso había llegado a dominar las convenciones, un código dentro de un código que intrigaba permanentemente a Jim. Con la ayuda de un manual de Ely Culberston, estaba a punto de embarcarse en el capítulo más difícil, el de las apuestas psíquicas, y todo sin haber jugado aún la primera mano.

Sin embargo, si la tarea se le presentaba como demasiado agotadora, partiría a recorrer en bicicleta la Concesión Francesa, llevando el rifle de aire comprimido por si encontraba a la pandilla de franceses de doce años que merodeaban por la avenida Foch. Cuando regresara a casa sería la hora de la serie radiofónica de Flash Gordon de la estación XMHA, a la que seguía un programa de discos al que él y sus amigos hacían peticiones telefónicas con sus últimos seudónimos: «Batman», «Buck Rogers» y «Ace» (el de Jim). Le gustaba que el locutor los leyera, aunque esto siempre confundía a Jim.

Mientras le arrojaba la sotana al ama y se vestía con el traje de fiesta, descubrió que todo eso estaba amenazado. Con la mente trastornada por los rumores de guerra, Vera había decidido no visitar a sus padres.

–Irás a la fiesta, James –informó Vera mientras le abotonaba la camisa de seda–. Y yo telefonaré a mis padres y hablaré con ellos.

–Pero Vera..., ellos quieren verte. Lo sé. Tienes que pensar en ellos, Vera... –Confundido, Jim vaciló. Su madre le había dicho que fuera amable con Vera, y que no la fastidiara, como había hecho con la gobernanta anterior, una taciturna rusa blanca que lo había aterrorizado,

mientras convalecía de sarampión, cuando le había dicho que podía oír la voz de Dios en la avenida Amherst, advirtiéndole a los padres de Jim que cambiaran de conducta. Poco después Jim había impresionado a sus compañeros de escuela anunciando que era ateo. En cambio, Vera Frank era una muchacha tranquila que nunca sonreía y que encontraba raros a Jim y a sus padres, tan raros como la misma Shanghai, esa ciudad hostil y violenta a un mundo de distancia de Cracovia. Vera había huido de la Europa de Hitler en uno de los últimos barcos y vivía ahora con miles de refugiados judíos en Hongkew, un siniestro barrio de casas de alquiler y tristes edificios de apartamentos, más allá de la zona portuaria de Shanghai. Para asombro de Jim, Herr Frank y la madre de Vera vivían en una sola habitación.

—Vera, ¿dónde viven tus padres? —Jim sabía la respuesta, pero había decidido arriesgar un ardid—. ¿Viven en una casa?

—En una habitación, James.

—¡Una habitación! —Para Jim esto era inconcebible, mucho más curioso que cualquier incidente de las historietas de Superman o Batman—. ¿Cómo es de grande la habitación? ¿Como mi dormitorio?

—Como tu cuarto de vestir. James, algunas personas son menos afortunadas que tú.

Fascinado, Jim cerró la puerta del cuarto de vestir y se puso los pantalones de pana. Miró la pequeña habitación. Era tan difícil comprender cómo podían sobrevivir dos personas en un espacio tan pequeño como llegar a dominar las convenciones del bridge. Tal vez había alguna llave sencilla para resolver el problema; ¿tendría entonces tema para otro libro?

Por fortuna, el orgullo impulsó a Vera a morder el anzuelo. Cuando ella partió a ver a sus padres, iniciando la

larga caminata hasta la terminal del tranvía de la avenida Joffre, Jim meditaba todavía en el misterio de esa extraordinaria habitación. Decidió comentar el asunto con sus padres, pero ellos estaban, como de costumbre, demasiado angustiados por las noticias de la guerra para advertir siquiera la presencia de Jim. Vestidos para la fiesta, estaban en el estudio del padre, escuchando los noticiarios de Inglaterra en onda corta. El padre estaba de rodillas junto a la radio vestido con traje de pirata, un parche de cuero sobre la frente y unas gafas de hipermetrope, como un bucanero erudito. Miraba el dial amarillo incrustado como un diente de oro en el rostro de caoba del aparato. Trazaba sobre el mapa de Rusia desplegado en la alfombra la nueva línea de defensa a la que se había retirado el Ejército Rojo. La contemplaba con desánimo, tan perplejo ante la vastedad de Rusia como lo había estado por la diminuta habitación de los Frank.

—Hitler estará en Moscú para Navidad. Los alemanes continúan avanzando.

La madre estaba vestida de pierrot junto a la ventana, mirando el acerado cielo de diciembre. Una cometa fúnebre de larga cola ondulaba a lo largo de la calle; la cabeza asentía mientras dedicaba una sonrisa feroz a las casas de los europeos.

—Debe de estar nevando en Moscú. Quizá la temperatura los detenga...

—¿Una vez por siglo? Incluso eso podría ser pedir demasiado. Churchill tiene que conseguir que los americanos entren en la guerra.

—Papá, ¿quién es el general Invierno?

El padre alzó la vista mientras Jim esperaba en el vano de la puerta; el ama traía el rifle de aire comprimido como si fuera el asistente de ese voluntario de infan-

tería de pana azul, listo para apoyar el esfuerzo de guerra ruso.

—El rifle de municiones no, Jamie. Hoy no. En su lugar, llévate tu avión.

—¡No lo toques, ama! ¡Te mataré!

—¡Jamie!

El padre se apartó de la radio, dispuesto a darle un golpe. Jim permaneció tranquilamente junto a su madre, esperando a ver qué ocurría. Aunque le encantaba pasear en bicicleta por Shanghai, en casa Jim siempre estaba cerca de su madre, una mujer suave e inteligente cuyas finalidades principales en la vida eran, según Jim, asistir a fiestas y ayudarle en las lecciones de latín. Cuando ella salía, Jim pasaba muchas horas agradables en el dormitorio materno, mezclando todos los perfumes y hojeando ociosamente los álbumes de fotografías de antes de que ella se casase, fotogramas de una película encantada en que ella desempeñaba el papel de hermana mayor de Jim.

—¡Jamie! Nunca digas eso... No matarás al ama ni a nadie.

El padre abrió los puños y Jim comprendió lo cansado que estaba. A Jim le parecía con frecuencia que su padre trataba de mantenerse demasiado sereno, abrumado por las amenazas de los sindicatos comunistas a su empresa, por el trabajo en la Asociación de Residentes Británicos y por sus temores acerca de Jim y su madre. Cuando escuchaba las noticias de la guerra parecía casi aturdido. Entre él y sus padres había brotado un intenso afecto que Jim nunca había observado antes. El padre podía enojarse y al mismo tiempo se interesaba vivamente por los más triviales pormenores de la vida de Jim, como si pensara que ayudar a su hijo a construir el modelo de un avión fuera más importante que la guerra.

Por primera vez no prestaba atención a las tareas escolares de Jim. Le daba toda clase de informaciones curiosas, sobre la química de las tinturas modernas, sobre el plan de asistencia social para los obreros chinos de la hilandería, sobre la escuela y la universidad de Inglaterra a la que asistiría Jim después de la guerra, donde, si Jim quería, podría estudiar medicina. Eran elementos de una adolescencia que, su padre parecía creer, no ocurriría jamás.

Sensatamente, Jim decidió no provocar a su padre, ni mencionar la misteriosa habitación del gueto de Hongkew, los problemas de las apuestas psíquicas y la ausencia de la banda sonora en su cabeza. No volvería a amenazar al ama. Iban a una fiesta, y él trataría de alentar a su padre y de pensar alguna manera de detener a los alemanes ante las puertas de Moscú.

Recordando la nieve artificial de los estudios cinematográficos de Shanghai que Yang había descrito, Jim ocupó su sitio en el Packard. Le alegró ver que la avenida Amherst estaba llena de coches de europeos que iban a sus fiestas de Navidad. En todos los suburbios de los occidentales la gente vestía ropas de disfraz, como si Shanghai se hubiese convertido en una ciudad de payasos.

2. Acróbatas y mendigos

Pierrot y pirata, los padres de Jim estaban en silencio mientras partían hacia Hungjao, un distrito rural a ocho kilómetros al oeste de Shanghai. Habitualmente la madre advertía a Yang que evitara al viejo mendigo en el final del camino de acceso. Pero mientras Yang hacía girar el pesado coche al pasar el portal, deteniéndose apenas antes de acelerar por la avenida Amherst, Jim vio que la rueda delantera aplastaba el pie del anciano. Ese viejo mendigo había llegado dos meses antes, un lío de harapos vivientes cuyas únicas posesiones eran una deshilachada estera de papel y una lata vacía de Craven A que sacudía ante la gente que pasaba. Jamás se movía de la estera; defendía ferozmente su territorio fuera de las puertas del *taipan*. Ni siquiera Boy y Coolie Número Uno, el sirviente y el pinche de cocina principal, habían logrado desalojarlo.

Sin embargo, el puesto no había rendido gran beneficio al anciano. Ese invierno era duro en Shanghai, y después de una semana de frío el viejo estaba demasiado fatigado para alzar la cajita. Jim estaba preocupado por él, y la madre le dijo que Coolie le había llevado un bol de arroz. Después de una fuerte nevada, una noche a principios de diciembre, la nieve se acumuló en un grueso cobertor del que emergía el rostro del anciano, como un niño dormido bajo un edredón. Jim se dijo que no se movía porque estaba caliente debajo de la nieve.

Había muchos mendigos en Shanghai. Estaban junto a las puertas de las casas de la avenida Amherst, sacudiendo las latitas de Craven A como fumadores arrepentidos. Muchos mostraban horribles heridas y deformidades, pero esa tarde nadie reparaba en ellos. Refugiados de los pueblos y ciudades alrededor de Shanghai afluían a la ciudad. Carros de madera y *rickshaws* se amontonaban en la avenida Amherst, cada uno cargado con las posesiones completas de una familia campesina. Niños y adultos se encorvaban debajo de los fardos atados a las espaldas, empujando las ruedas con las manos. Los *coolies* de los *rickshaws* tiraban de las varas, cantando y escupiendo, las venas gruesas como dedos apretadas sobre los hinchados tobillos. Empleados subalternos empujaban bicicletas cargadas de colchones, cocinas de carbón y sacos de arroz. Un mendigo sin piernas, el tórax metido en un enorme zapato de cuero, se adelantaba por la calle entre la maraña de ruedas con una pesa de gimnasia de madera en cada mano. Escupió y golpeó el Packard cuando Yang intentó apartarlo del rumbo del coche, y luego se desvaneció entre las ruedas de los taxis triciclo y los *rickshaws*, confiado en su retiro de polvo y saliva.

Cuando llegaron al comienzo del Gran Camino del Oeste, hacia la Zona Internacional, una cola de coches esperaba a ambos lados del puesto de control. La policía de Shanghai había abandonado todo intento de controlar a la muchedumbre. El oficial británico fumaba un cigarrillo en la torreta de su tanque, mientras contemplaba a los miles de chinos que pasaban de prisa. De vez en cuando, como para mantener las apariencias, el suboficial sij de turbante caqui se inclinaba hacia abajo y azotaba la espalda de algún chino con su vara de bambú.

Jim miró a los policías. Le fascinaban los brillantes correajes Sam Browne de esos hombres sudorosos y de-

masiado gruesos, los alarmantes genitales que exhibían libremente cuando orinaban, las pulidas pistoleras que contenían toda su virilidad. Jim quería usar algún día una pistolera, sentir un enorme revólver Webley apretado contra el muslo. En el guardarropa de su padre, entre las camisas, Jim había encontrado una pistola automática Browning, una obra de joyería que se parecía al interior de la cámara filmadora de sus padres que una vez había abierto accidentalmente, exponiendo metros y metros de película. Era difícil imaginar que esas balas en miniatura pudieran matar a nadie, y menos a los duros líderes obreros comunistas.

En cambio, las pistolas Mauser que usaban los suboficiales japoneses eran todavía más imponentes que los Webley. Las pistoleras de madera les colgaban hasta las rodillas, casi como fundas de rifle. Jim examinó al sargento japonés del puesto de control, un hombre pequeño pero vigoroso que empleaba los puños para apartar a los chinos. Estaba casi sumergido entre los campesinos que pugnaban empujando carros y *rickshaws*. Jim, sentado junto a Yang en el Packard, apretaba con fuerza el avión de madera de balsa mientras esperaba a que el sargento sacara el Mauser y disparara un tiro al aire. Pero los japoneses no malgastaban municiones. Dos soldados despejaron el terreno alrededor de una campesina cuyo carro se había volcado. Bayoneta en mano, el sargento dio un tajo a un saco de arroz, y lo desparramó alrededor de los pies de la mujer. Ella temblaba y emitía una llorosa melopea, entre las hileras de lustrosos Packards y Chryslers con pasajeros europeos en traje de disfraz.

¿Habría tratado de contrabandear un arma en el puesto de control? Había multitud de espías comunistas y del Kuomintang entre los chinos. Jim compadecía a la campesina, que probablemente sólo poseía ese saco de

arroz, pero al mismo tiempo admiraba a los japoneses. Le gustaban la bravura y el estoicismo de estos hombres y su tristeza, que tocaba una cuerda extraña en Jim, quien nunca estaba triste. Los chinos, él los conocía bien, eran gente fría y con frecuencia cruel, pero a su modo superior se mantenían juntos, en tanto que cada japonés estaba solo. Todos éstos llevaban siempre fotos de familias idénticas, copias pequeñas y formales, como si el ejército japonés íntegro hubiese sido reclutado únicamente entre los clientes de los fotógrafos de plaza.

En sus recorridos en bicicleta por Shanghai –que sus padres ignoraban– Jim pasaba horas en los puestos japoneses de control, y de vez en cuando lograba ganarse la simpatía de algún soldado aburrido. Ninguno de ellos quería mostrarle nunca sus armas, como hacían los *tommies* británicos de las casamatas protegidas por bolsas de arena del Bund. Los *tommies* que descansaban en las hamacas, despreocupados de la vida portuaria de alrededor, permitían a Jim manipular el cerrojo de los rifles Lee-Enfield y limpiar los cañones con la baqueta. A Jim le gustaban los *tommies* y aquellas voces extrañas que hablaban una y otra vez de una misteriosa, inconcebible Inglaterra.

Pero si había guerra, ¿podrían derrotar a los japoneses? Jim lo dudaba, y sabía que también su padre lo dudaba. En 1937, al comienzo de la guerra con China, doscientos infantes de marina japoneses habían remontado el río y se habían hundido en las playas de fango negro debajo de la hilandería de su padre en Pootung. Claramente visibles desde la suite de sus padres en el Palace Hotel, los japoneses habían sido atacados por una división de tropas chinas mandadas por un sobrino de Madame Chiang. Durante cinco días combatieron desde unas trincheras que se llenaban de agua durante la ma-